

Era de noche y Bruno se encontraba estudiando los espeleotemas aragoníticos de su cueva secreta cuando el ordenador empezó a hablar con su característica voz de computadora.

—¡Alerta, alerta, se está produciendo un delito!

Aquella era una cueva como cualquier otra, formada por procesos de karstificación. La descubrió durante los sondeos que realizó para instalar el sistema de geotermia en su gran mansión, la mansión Fernández. Bruno Fernández era el hijo de Tomás Fernández, el magnate del petróleo más famoso de Ciudad Máfica, y de Marta Fernández, ambos fallecidos en un accidente ocurrido en una plataforma petrolífera. Al morir, Bruno quedó sólo, desamparado, con la única compañía de cien mil billones de dólares y de su mayordomo, el honorable lord inglés y veterano de guerra, Ser Tony Stark. Gracias a él, conoció la vida nocturna de Ciudad Máfica, lo que mancilló el nombre de la familia Fernández. Pero ese era el plan. Bruno Fernández, el geólogo playboy, era una tapadera para ocultar su verdadera identidad: Pérmico Fernández, el superhéroe geólogo. En una ciudad donde la geología está mal vista, empañada por los crímenes de los peores supervillanos del mundo, es necesario alguien que limpie su imagen y que haga ver que esa ciencia puede hacer cosas buenas por la humanidad.

Sin perder un instante, Bruno corrió por la pasarela y se sentó en su fenomenal asiento acolchado de importación, frente a su televisor de 50 pulgadas que compró en el Media Markt de Ciudad Máfica.

—Ordenador, informa.

—Sospechoso visto en el Museo Bruno Fernández de Ciencias Naturales. Al parecer está robando todos los diamantes de la sección de minerales.

—¿Diamantes del museo? Qué extraño. ¿Por qué no va a una joyería?

—A lo mejor no le interesa el valor comercial del diamante, señor.

—¿Alguien que quiere estudiar los diamantes?

—Quizá se trate del Doctor Kimberley, señor. Se fugó de la prisión central hace una semana junto con Amonite Boy, RAMAN y Sigmoide, el Hombre Progradante.

—Puede ser. Buen trabajo ordenador. Prepárame el Permobuga. Vamos a visitar el museo.

Bruno se enfundó su traje de Pérmico Fernández, que consistía en una

armadura marrón acorazada con el símbolo de un trilobites en el pecho. Detrás de la cascada de agua que caía por una de las paredes de la cueva, apareció el Permobuga, un enorme todoterreno Hummer con forma, como no, de trilobites. Y es que los trilobites eran sus animales favoritos, le fascinaban. Desde que era pequeño, siempre soñó con viajar al Pérmico y salvar a todos ellos de la extinción. “Sé que algún día, cuando sea mayor, lo conseguiré”. Pero no pudo ser. Aquella película del científico loco que construía una máquina del tiempo con un DeLorean era sólo una ilusión, y en las proximidades del 2015 aún no existían coches voladores, ni cazadoras que se secan solas, ni zapatillas deportivas con robocordones. Ni tampoco existían máquinas del tiempo. Por ello, para calmar su frustración, decidió adoptar el trilobites como su seña de identidad, así nadie olvidaría a tan carismático animal del Paleozoico.

–Señor, he encontrado más información acerca del Doctor Kimberley.

–Muy bien ordenador, estoy de camino al museo. Pónmelo en el monitor del Permobuga.

–Kim B. Relly, alias “Doctor Kimberley”. Es licenciado en geología por la Universidad de Ciudad Máfica y comenzó a hacer el doctorado en esa misma universidad. Su trabajo se centró en el estudio de los diamantes del yacimiento de Kimberley, en Sudáfrica, para conocer más acerca de la formación de las kimberlitas. Sin embargo, no lograron darle la beca, por lo que no pudo seguir financiando el proyecto. Por esa razón, se dedica a robar todos los diamantes del mundo para poder tener material con la que continuar su investigación. Su mayor logro es la creación de RAMAN, un sofisticado ciborg asesino capaz de analizar cualquier mineral en apenas unos segundos.

–¡Santa tectónica de placas! Si roba los diamantes del museo, los niños de Ciudad Máfica no podrán admirar su belleza y su índice de analfabetismo aumentará como la espuma. ¡No lo puedo permitir! Gracias por la información, ordenador, ya estoy llegando al museo.

El Museo Bruno Fernández de Ciencias Naturales es el único museo de ciencias de Ciudad Máfica. Fue fundado hace casi 30 años por Tomás Fernández, que lo bautizó con el nombre de su hijo. A decir verdad, Bruno aún no había nacido, aunque tenían decidido el nombre desde hacía tiempo, por lo que se podría decir que nuestro protagonista tiene el nombre de un

museo, y no al revés. Alberga una nutrida colección de especies extintas disecadas, así como minerales de todo el mundo y fósiles, muchos fósiles. Y el favorito de Bruno, como podéis imaginar, era el trilobites. Hacía mucho que no visitaba el museo y lamentaba que volviera a hacerlo en aquellas circunstancias, pero no tenía tiempo libre desde hacía siglos.

Cuando llegó al museo todo estaba apagado. No había sirenas, ni alarmas, pero alcanzó a ver a través de la enorme cristalera de la planta superior, una pequeña luz moviéndose en todas direcciones. “La linterna del Doctor Kimberley”, pensó Pérmico Fernández. Subió sigiloso las escaleras y allí le encontró, en el centro de la sala, con un diamante en una mano, el cual alumbraba con una linterna. La luz le enfocaba tenuemente la cara por debajo de la barbilla, descubriendo su diabólico rostro, con esa nariz puntiaguda y esos dientes relucientes de color azul brillante.

–¡Detente, Kimberley! –gritó Pérmico Fernández–. Te machacaré igual que se machaca una arcilla antes de ser analizada en el microscopio.

–Doctor Kimberley, si no le importa. Aunque ya es demasiado tarde. No podrá detenerme.

–No puedo llamarle doctor porque aún no ha terminado la tesis, señor Relly.

–Pero eso, a partir de ahora, va a cambiar.

–¡Devuelva esos diamantes Kimberley! ¿O va a privar a los niños de esta ciudad de una belleza como esa?

–¡Los niños de Ciudad Máfica no me importan nada! ¡Lo único que deseo es terminar mi maldita tesis! Y nadie podrá impedírmelo. ¡Ni siquiera un payaso vestido de trilobites como tú, Pérmico Fernández!

El doctor Kimberley apagó la luz y la oscuridad inundó la sala. Un ruido de golpes, puñetazos y cristales rotos llenó la sala, lo que hizo que sonaran las alarmas. Pérmico era mucho más fuerte que Kimberley, pero no era capaz de ver nada. ¿Y si rompía algún mineral? ¿Y si se destrozaban los diamantes? Eso hacía que Pérmico anduviera con cautela, dando cierta ventaja al Doctor Kimberley.

Tras unas cuantas costillas rotas y un ojo morado, empezaron a escucharse sirenas de policía en el exterior, y un equipo especial, armado hasta los dientes, empezó a entrar en el museo. Las sirenas de los coches iluminaban intermitentemente la estancia, aumentando la visibilidad del recinto.

Kimberley, asustado, soltó los diamantes y salió corriendo. Pérmico, molido y apaleado, sólo llegó a ver en el marco de la puerta una sombra negra. Y una sonrisa de color azul que le hablaba.

–Siento dejarte, Pérmico, pero tengo algunos *papers* que publicar.

Al poco rato se escucharon unos disparos y pocos segundos después entró en la sala el comisario de policía de Ciudad Máfica, Gary Oldman.

–¡¡¡MALDITA SEA, SE NOS HA ESCAPADO!!!!

–¿Por qué han tardado tanto? –dijo Pérmico

–¡¡¡PORQUE ESTABA TRABAJANDO EN OTRO BLOCKBUSTER VERANIEGO!!!

–¿Y por qué grita tanto?

–¡¡¡PORQUE SIEMPRE SALGO GRITANDO EN TODAS MIS PELÍCULAS!!!!

–Señor Gary Olman –dijo un policía rechoncho y bajito–. Hemos encontrado esto en la ventana por la que ha saltado el Doctor Kimberley.

–¡¡¡MALDITA SEA, QUE DEMONIOS ES ESO!!!!

–Es un pretzel con forma de letra B, señor. ¿Qué cree que significa?

Pérmico Fernández se quedó paralizado unos instantes. Su tez se tornó blanca y sus ojos, ocultos tras un antifaz con forma de trilobites, reflejaban el pánico.

–¿Qué ocurre, Pérmico? –dijo Gary Oldman, con actitud más calmada, pues es un actor del método.

–Kimberley no trabajaba por voluntad propia. Cumplía órdenes de alguien, más fuerte, más poderoso. Reconozco ese símbolo perfectamente y ojalá no supiera a quién pertenece.

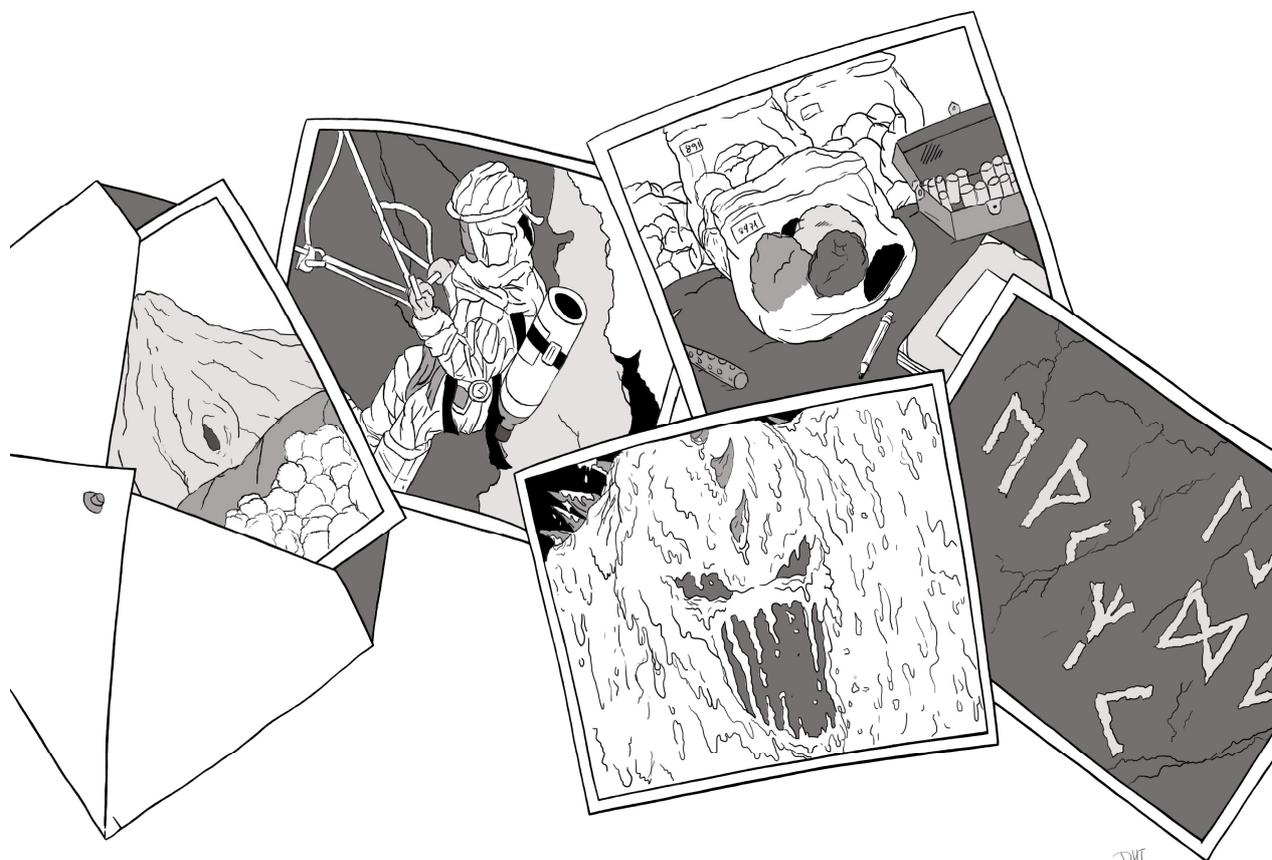
–¡¡¡DÍGAMELO, PÉRMICO, MALDITA SEA!!!

Pérmico Fernández se acercó a Gary Oldman y le susurró al oído un nombre que nadie hubiera querido oír en esa sala.

–Se trata del Barón von Buntsandstein, señor comisario. Esto no ha hecho más que empezar...

CONTINUARÁ...

Los Fuegos Ancestrales



Alejandro Lamela nació el 9 de abril de 1981, en el barrio porteño de Flores (Argentina). Hijo de Ana Liguori y Rubén Lamela. Es Licenciado en Periodismo por la Universidad Nacional de Lomas de Zamora, docente y escritor. Sus obras se han publicado en diversos sellos editoriales. Ha recibido numerosas distinciones literarias, entre las cuales se incluye el Primer Premio en el I Concurso Internacional de relatos cortos de terror de Editorial Marlex (Barcelona). Es también autor de los libros "A las Puertas del Anochecer, cuentos fúnebres" (Ediciones Telmo, 2006); "Bajo los Abismos de la Locura, cuentos ausentes" (Ediciones Mis Escritos, 2012); y "Pasajero en Trance, crónicas de un viajero sufrido" (Ediciones Mis Escritos, 2013).

Cuando ingresé al Hospital General de Reykjavik no tenía idea de aquello con lo que me iba a encontrar. O en realidad sí: sabía que me esperaba una persona que se debatía denodadamente entre la vida y la muerte. Jürgen Svensson, mi jefe, (y uno de los mejores fotógrafos del mundo) yacía en una cama de ese hospital desde hacía varios días. Y yo, su fiel asistente, iba a su encuentro.

Reconozco que tuve que armarme de coraje antes de ingresar. Jürgen estaba en una situación desesperante y no había mucho que se pudiera hacer por él. La mayor parte de su cuerpo presentaba graves quemaduras, de las que nunca se recuperaría, y su estado general era irreversible.

“Sólo cuestión de horas”, me dijo uno de los médicos cuando lo consulté. El daño había sido muy extenso y profundo; aun así consideraban milagroso el hecho de que hubiera soportado tres días en esa agonía.

Pero allí estaba yo. Y allí tenía que estar.

Simplemente traté de prepararme para lo peor y aferré con fuerza mi bolso, en el que llevaba el sobre con las fotografías, el motivo fundamental por el que sentía que debía estar en ese lugar. Las últimas muestras del talento sin igual de Jürgen, de su coraje, de su valor. Las últimas fotos que había tomado, aquellas por las que había corrido un riesgo tan grande, el que finalmente terminaría llevándose su vida en sacrificio.

Todo eso, ahora cabía en un simple sobre, cuyo contenido aún no me había atrevido a contemplar...

El hecho de que esas fotografías existieran, consistía un milagro en sí mismo. Cuando los expedicionarios que socorrieron a Jürgen me dieron los restos de su cámara, ésta estaba prácticamente destruida. El cobertor especial contra las altas temperatura había cedido y algunas partes presentaban fisuras; otras estaban simplemente derretidas. Pero el rollo con las fotografías que él había tomado se había salvado.

Algo bueno entre semejante desastre.

Y por ese motivo estaba allí. Sentí que se lo debía a Jürgen, que él tenía un derecho supremo a ser el primero que contemplara el trabajo por el que había dado su vida. Ninguno de nosotros debía poder ver esas tomas de seguro maravillosas, únicas, fantásticas, del interior de ese imponente volcán. Por eso las revelé a solas, por eso solamente las dejé secar el tiempo

determinado, y las recopilé a oscuras, sin querer verlas en ningún momento. Eso simplemente estaba reservado para sus ojos.

Traté de aferrarme a estos nobles pensamientos cuando ingresé a su habitación. Pero de nada me sirvió para enfrentar aquello con lo que me encontré.

En una cama cubierta de una especie de domo estéril que consistía en una cortina plástica para evitar todo tipo de contacto, estaba Jürgen. O al menos, lo que quedaba de él.

Me acerqué con un gran temor de que mis emociones me traicionaran, pero asumí la carga de responsabilidad que me correspondía y me senté en la única silla que había en la habitación, justo a su lado.

Su estado era desesperante.

Todo su cuerpo se encontraba cubierto de vendas húmedas, ungüentos y apósitos contra quemaduras. De los pies a la cabeza no había un solo centímetro de piel en él que no sufriera los efectos del fuego.

Era una visión horrenda.

En algunos lugares podía traslucirse entre los vendajes restos de su piel quemada, herida, carbonizada, adhiriéndose a las vendas, supurando fluidos, manchando de una viscosidad sanguinolenta las sábanas en las que reposaba su cuerpo.

Y entre esa mezcla de aflicción, asco y estupor, los ojos sin párpados de Jürgen se posaron en mí.

Al verlos, sentí un estremecimiento en todo mi cuerpo, y luché denodadamente por evitar reaccionar con espanto. Con mucho esfuerzo logré calmarme.

Esos ojos inyectados en sangre, me miraron con familiaridad.

Y con desesperación.

Noté que Jürgen quería comunicarse conmigo.

En verdad no hubiera creído posible que alguien en ese estado aún se mantuviera con un mínimo de conciencia y cordura, o que pudiera reconocer algo del mundo que lentamente se iba desvaneciendo a su alrededor. Pero Jürgen siempre había sido un luchador, un modelo a seguir, un aventurero sin par, y como tantas otras veces, en esta ocasión se preparaba para afrontar una nueva aventura.

Y allí estaba yo, para despedirme de él.

Su cuerpo se agitó en una especie de convulsión y noté que con un enorme dolor, abría sus labios calcinados y partidos, tratando de hablarme. Me acerqué a su rostro lo más que me permitió el recubrimiento plástico de la cama, y traté de aguzar mi oído para escuchar los leves susurros que provenían de él.

Fue cuando oí sus primeras palabras:

“Un infierno... allí... abajo... todo es un... infierno...”

Traté de contenerlo, de pedirle que no gastara sus fuerzas en recordar lo terrible que había ocurrido allí, pero de inmediato su mirada cambió, las facciones de su rostro se contrajeron debajo de las vendas y un dolor insoportable se transmitió desde todo su ser.

“Debes... escucharme... tú... nadie... sabe lo que... hay... allí abajo...”

Sentí que mi corazón se encogía. Hubiera deseado estar en cualquier lugar del mundo a excepción de aquel sitio, pero era mi obligación. Se lo debía a Jürgen, a su tarea, a su sacrificio.

Lo que él quería, con la última reserva de sus fuerzas, era relatarme lo que había sucedido allí, en ese volcán que había consumido su vida casi por completo. De seguro él deseaba que yo fuera la mensajera que relatara a otros todo aquello que él había vivido. Y sentí que un gran honor me había sido otorgado.

Con un esfuerzo tremendo, con voz ahogada y una respiración entrecortada, Jürgen comenzó a relatarme su historia:

“Después de meses de preparativos, Jürgen y el resto del equipo habían logrado comenzar el descenso al sitio que los había obsesionado por años. Tomasson, el geólogo; Borg, el vulcanólogo; y Jürgen, el fotógrafo, finalmente estaban llegando a las entrañas de uno de los sitios más peligrosos del mundo: el volcán Litmanen.

No había sido fácil la preparación, como tampoco lo había sido conseguir los fondos, el equipo ni las habilitaciones del gobierno Islandés para desarrollar tan terrible tarea. Luego de muchos estudios e innovaciones técnicas visionarias, el descenso a las profundidades de uno de los mayores volcanes activos del mundo, finalmente se había convertido en una realidad.

Ellos tres habían sido seleccionados, cada uno una eminencia en su

especialidad, para realizar el relevamiento de datos de tan titánica tarea. Con un equipo de la más moderna tecnología, habían dejado tras de sí al resto de los técnicos que componían la expedición y bajaron por la ladera interior del volcán.

El calor y los vapores eran enemigos implacables, pero ellos habían preparado todo hasta el más mínimo detalle. Desde su traje compuesto de amianto y una aleación de materiales resistentes al calor extremo, hasta el cable reforzado de titanio acoplado a un arnés en sus cinturas que era la forma en la que volverían a subir a la superficie.

El descenso fue tremendo y tortuoso; a medida que se hundían en las entrañas de ese gigante que escupía fuego y magma, notaron que la tarea sería más difícil de lo que nadie hubiera imaginado. Los visores de sus escafandras constantemente se nublaban por el sudor de sus propios cuerpos. Las botas se clavaban en la superficie de las paredes basálticas del volcán y de vez en tanto resbalaban, quedando al borde de una caída que hubiera supuesto el fin prematuro de la expedición.

Lo primero que perdieron fue el contacto visual con la boca del volcán. Eso era algo previsible por las dificultades del terreno y los vapores tóxicos que al elevarse obstruían la visibilidad. Pero lo que realmente preocupó al equipo de tres hombres fue la intermitencia de las comunicaciones. Había una interferencia fuera de los cálculos, y lo único que lograban transmitir era unas casi ininteligibles afirmaciones, entrecortadas, hacía la superficie.

Jürgen pensó que lo único importante cuando llegara el momento, sería poder pedirles que volvieran a subirlos. Aun así, los tres hombres siguieron adelante.

A medida que descendían por las paredes internas del volcán, las imágenes a su alrededor se volvían cada vez más extrañas. Encontraban vetas de ríos solidificados hundidas en la superficie, producto de innumerables erupciones anteriores; también algunos conductos que de seguro liberaban parte del aire caliente hacia otros sectores, los cuales trataban de esquivar para no perder tiempo en el descenso; y unas enormes columnas de basalto que se erguían desde las profundidades inescrutables del volcán.

Pero sobre la superficie misma de las paredes, encontraron algo que no pudieron explicar. Al comienzo pensaron que eran simplemente unas

muecas, unas hendiduras y figuras formadas al azar por el calor y los desplazamientos de roca. Pero a medida que siguieron descendiendo, comprendieron que aquello en lo que se apoyaban eran unas enormes runas labradas en la roca, cuyo significado ininteligible para ellos, quizás estuviera esperando en ese sitio primitivamente desde tiempos inmemoriales.

Los tres hombres no encontraron explicación alguna para aquel descubrimiento. Aun así, siguieron internándose en ese descenso que parecía no tener fin.

Luego de algunos sobresaltos y tratando de conservar todas las fuerzas posibles, llegaron a una extensa saliente, justo por encima del magma. La magnificencia de lo que tenían ante ellos dejó completamente estáticos a los tres hombres por unos instantes, pero conscientes de su profesionalismo cada uno comenzó a desarrollar con prestancia la tarea por la que habían sido enviados allí.

Y mientras Tomasson y Borg se dedicaron a recorrer con lentos y pausados pasos la gran saliente sobre el mar de magma, Jürgen tomó su cámara especialmente adaptada para soportar las condiciones extremas y comenzó a sacar fotografías.

Aquello era sublime.

Nunca nadie había podido llegar a un lugar como ese, jamás en la historia del hombre alguien había logrado adentrarse en las profundidades de un volcán tan inmenso y tempestuoso como el Littmanen en estado activo. El sueño de tantos y tantos hombres estaba siendo realizado por ellos tres. Y nada podría borrar nunca de sus rostros la satisfacción que sentían en ese momento.

Un estallido menor de magma los sobresaltó. Era algo normal en esa situación, y aunque estuviera previsto, no dejaba de ser un enorme peligro. Sobre la superficie de magma se notaban pequeñas erupciones, como viscosas burbujas que estallaban en varias direcciones. Pero los tres siguieron con sus tareas.

Tomasson, el geólogo, recorría la superficie de la pendiente tomando pequeñas muestras del material rocoso casi a cada paso. Revisó las paredes del volcán, el polvo que se juntaba en él, las capas de ceniza apelmazada, y encontró algunos orificios en la ladera, como si fueran cuevas naturales,

generadas por el calor y los movimientos sísmicos tan frecuentes en los volcanes.

Borg, el vulcanólogo, era el que más riesgo corría de los tres ya que su tarea era específicamente todo lo relacionado con el magma. Se acercó al borde de la saliente y con gran cuidado tomó algunas muestras de roca fundida, en recipientes especialmente preparados para ello, que sacó de la cintura de su traje. Recorrió el borde una y otra vez, midió la temperatura ambiente y la del líquido, y observó con admiración las extrañas burbujas que explotaban sobre la superficie.

Y Jürgen, simplemente se dedicó a tomar fotografías de todo, a dejar plasmado en evidencia visual todo el arte natural que se encontraba en ese sitio. Las paredes internas del volcán, las formaciones rocosas en constante cambio, la marea silenciosa que oscilaba mostrando mil variaciones de rojo y amarillo, y las figuras gaseosas que emergían de la superficie del mar de magma.

Y de repente, algo cambio.

Tomasson y Borg dejaron de lado sus tareas y miraron a Jürgen. Los tres habían presentido un temblor diferente en la superficie de la saliente. Los tres habían sentido un incremento drástico de la temperatura. Los tres habían notado un aumento de los gases que se elevaban hacia el cielo que se alzaba muy por encima de la salida de la boca del volcán.

Pero lo que Tomasson y Borg contemplaron al mirar a Jürgen, él lo había estado observando con espanto y estremecimiento varios segundos antes de que ellos se percataran del fenómeno.

Allí, sobre la superficie infernal del magma, entre los gases mortíferos y el calor agobiante, entre las explosiones incontenibles de lava y los temblores de las columnas de basalto, una figura comenzaba a erguirse.”

Jürgen interrumpió el relato. Su cuerpo se contrajo y comenzó a estremecerse. Los aparatos que controlaban sus funciones vitales empezaron a hacer toda clase de ruidos. Yo comencé a gritar pidiendo por los médicos.

Llegaron y de inmediato se dedicaron a revisarlo. Jürgen convulsionaba, entraba y salía de la conciencia. Y gritaba con una voz gutural y entrecortada:

“Todo comenzó a temblar... y estallar... fuego... grandes llamaradas... fuego por todos lados... primero envolvió a Borg... estaba cerca de él... cerca de la

orilla...”

Los médicos trataban de estabilizarlo, corrieron las láminas plásticas, lo inyectaban por todas partes, las máquinas seguían lanzando sonidos de alarma, una enfermera me pedía que me fuera.

“Después... después fue por Tomasson... una gran ola de... magma...se alzó contra él... lo consumió de inmediato...”

La habitación era un pandemonio, todos corrían, llamaban a otros médicos, pedían instrumentos, trataban de intubarlo, mientras él se retorció e intentaba seguir hablando, ahogándose en líquidos que fluían de su garganta calcinada.

“¡Y vino por mí... esa... cosa... vino por mí... grité por el transmisor...que me subieran... el cable se tensó y jaló de mí hacia arriba...pero cuando lo hicieron... ya fue tarde... había fuego... fuego en mí... en las paredes...en las rocas... y él... él danzando en el medio de ese mar de lava...!!”

Luché contra la enfermera por permanecer en la habitación. Rogué que me dejara estar allí, argumentando que era lo más cercano a él que tenía en ese momento. Pero mientras me arrastraba fuera, logré escuchar por entre el revuelo y la conmoción, que Jürgen gritaba a viva voz, asfixiándose en sí mismo:

“¡Nadie... nadie debe volver allí... él habita allí... las runas... advertencias... nadie debe verlo... nadie!!”

Salí del hospital.

Fuera el silencio, el frío y la oscuridad reinaban. Caminé varias cuadras sin sentido. No lograba procesar todo aquello. Pero me sentía profundamente triste y confusa. Triste de ver a mi mentor dando sus últimos estertores, entre visiones extrañas y monstruosas. Y confusa sobre el significado de sus palabras, de sus alaridos.

Una gran amargura se apoderó de mí por no haber siquiera logrado cumplir mi misión de hacerle saber que su trabajo se había salvado. De que al menos viera una vez antes de morir las fotografías por las que había dado su vida.

Las fotografías.

Tomé el sobre que llevaba en mi bolso, y me orillé contra un callejón. A un costado había un contenedor de basura que los vagabundos usaban para encender fuego en las heladas noches. Me acerqué a él en busca de luz.

Rompí el sobre y comencé a mirar las fotografías.

Magníficas, todas ellas.

Un verdadero crisol de luces y destellos. De colores cálidos y nubes de vapor. De magma y fuego. Una tras otras fueron pasando las imágenes ante mí. El trabajo de Jürgen, aquél que me había negado a mirar reservándolo para sus ojos. Una maravilla incomparable.

Hasta que en una de ellas contemplé, con horror y estremecimiento, que entre el mar de magma que se encontraba allí en el fondo de ese primitivo volcán, una figura alta y desgarbada, completamente cubierta de lava y fuego, sin vestimenta, sin cabellos, simplemente compuesta de la materia misma del volcán, miraba majestuoso y amenazante hacia la cámara.

Presa del terror, vinieron a mí las últimas agonizantes palabras de Jürgen: “Nadie debe verlo”.

Y con mis manos temblorosas eché a las llamas del contenedor, las fotografías y los negativos de aquello que Jürgen había descubierto y decidido llevarse a la tumba para siempre.

Sahara



Isabel Rodríguez García de Castro nacida en 1995 e hija de geólogos, reside en Pozuelo de Alarcón (Madrid, España). Se encuentra en su segundo año como estudiante del Grado en Geología en la Universidad Complutense de Madrid. Interesada por todo lo relacionado con la naturaleza y aficionada a escribir desde pequeña, ha ganado varios concursos escolares en el instituto.

Adriana se dejó caer sobre la arena, a las afueras del oasis, tras dejar la mochila en la habitación en la que iba a pasar la noche. El viaje había sido agotador. El pañuelo que la protegía del sol se le hacía insoportable, y el calor insufrible. Por no hablar de su hermano pequeño, Daniel, que no había dejado de parlotear ni un segundo, admirando los dromedarios que los habían llevado hasta allí y creyendo ver mil cosas en la arena. Podría tener la excusa de los espejismos, de no ser porque no se trataba de agua: más de una vez había asegurado ver a Aladdín, o a los cuarenta ladrones, o escorpiones asesinos, o tormentas de arena que se acercaban amenazantemente. El exceso de imaginación de su hermano, aunque al principio era divertido, se había terminado por hacer cansino... Casi tanto como la continua conversación de su madre y Rachid sobre “geo-cosas” o “cosas de ciencias” como las llamaba ella.

Levantó la mirada hacia el horizonte y sonrió. Al menos el paisaje compensaba el trayecto. Las dunas se extendían hasta donde alcanzaba la vista, y en ese momento le pareció como si únicamente dos colores formaran el mundo: el profundo azul del cielo despejado y los tonos amarillos del sol y la arena, con sus juegos de sombras y luces. El sol descendía lentamente, a medida que se acercaba la noche, y las dunas ya empezaban a adquirir tonos rojizos por la inminente puesta de sol. A sus espaldas quedaba el oasis, con sus palmeras, sus pastos y unos pocos edificios, entre ellos el pequeño hotel en el que iban a dormir. Estaba absorta en la contemplación del paisaje cuando su madre, Irene, llegó junto a ella.

—Impresionante, ¿verdad?

—Mucho... Normalmente nos llevas a sitios más aburridos.

Su madre rió.

—Va en serio, mamá, las piedras son aburridas.

—No hace falta que me jures que te aburre mi trabajo... Pero bueno, me alegro de que al menos este viaje os esté gustando. La verdad es que el ERG es impresionante.

—¿Er-qué?

—ERG, o mar de arena. Básicamente la zona del desierto donde se acumula la arena...

—¡Mamá, mamá! —la interrumpió Daniel, que llegaba corriendo junto a

ellas— ¡Venid, el señor dice que ya está la cena!

Adriana hizo una mueca.

—Quería ver la puesta de sol desde aquí...

—Comeremos en el patio, así podrás verla —respondió su madre—. Y Dani, pequeño, “el señor” tiene nombre, se llama Rachid— le repitió a su hijo, probablemente por decimoquinta vez, mientras echaba a andar hacia las tiendas.

Rachid e Irene trabajaban juntos desde hacía años en un proyecto de investigación sobre los trilobites del Devónico. Estaban revisando la clasificación de varios géneros sobre los que no terminaban de ponerse de acuerdo los diferentes paleontólogos, así que Irene había viajado a Marruecos para muestrear en distintos afloramientos en los que dichos trilobites se encontraban muy bien representados. Sin embargo, no había tenido más remedio que llevar con ella a sus hijos: Adriana, que con trece años no hacía más que poner pegas a cualquier intento de su madre por explicarle en qué consistía su trabajo, y Daniel, que a poco de cumplir los seis años lo único que quería en un viaje era correr, jugar, y no dejar de ver ni oír cosas nuevas. Así que Irene había decidido dedicarle unos días a hacer una excursión por el ERG, con Rachid como guía, para que sus hijos pudieran disfrutar parte del viaje.

Durante la cena la luz y la temperatura fueron decayendo rápidamente. En poco tiempo tuvieron que encender las lámparas, y el paisaje a su alrededor cambió radicalmente: las dunas no eran más que sombras recortadas en el cielo estrellado, y el agua del oasis, antes clara, se había convertido en un espejo negro. Solo se veían con claridad las paredes y las datileras del patio, y, a poca distancia, los otros edificios en los que habían encendido alguna luz.

Adriana observaba, extasiada, el cielo nocturno. Allí, lejos de la contaminación lumínica de ninguna gran ciudad, se distinguían estrellas, constelaciones y detalles del espacio con una claridad que nunca había podido ver en España. Daniel, en cambio, se aburría mientras los adultos discutían detalles del trabajo, y no tardó en interrumpirlos.

—Mamá, ¿por qué hay agua aquí? — preguntó.

El pequeño, aunque había oído hablar antes de los oasis en el desierto, nunca se había preguntado nada sobre ellos. Al fin y al cabo para él eran algo

lejano, de cuento. Sin embargo, al ver el agua tras un recorrido sobre la arena que a él se le había antojado eterno, a la admiración le siguieron las preguntas. Y, tras pasar parte de la tarde y toda la cena sin ser capaz de encontrar una respuesta por sí solo, llegó a la conclusión de que su madre probablemente pudiera explicárselo. Sin embargo, fue Rachid quien respondió, decidido a acabar con el aburrimiento del pequeño.

—¿Quieres que te cuente la historia de Sahara, el Señor del Desierto?

El niño asintió, interesado al oír la palabra “historia”, e Irene miró agradecida a Rachid, pues estaba cansada de comenzar explicaciones que se veía obligada a dejar a medias cuando su hijo pasaba rápidamente a prestarle atención a otra cosa.

—Veréis, chicos, hace mucho, mucho tiempo...

—¿Cuánto?

—¿Para los humanos? Mucho. Seis mil años. Por aquel entonces no se había inventado la escritura, y los humanos habíamos aprendido hacía poco a trabajar el suelo y criar animales. Como iba diciendo, hace mucho tiempo, esta zona era aún una sabana. Aquí vivían elefantes, jirafas y leones, como viven hoy en día más al Sur. La hechicera Clima invocaba cada verano al Monzón, espíritu de la lluvia, para que provocara lluvias torrenciales que permitían que las plantas crecieran y los animales no tuvieran que recorrer largas distancias en busca de agua para beber. De este modo, Sahara, el señor de estas tierras, podía cuidar a los seres que las habitaban.

Irene se sonrió. La explicación de Rachid distaba de ser científica, pero el tono de cuento épico que le estaba dando había llamado la atención de Daniel desde el principio, y el pequeño había abierto los ojos como platos al oír la palabra “hechicera”. Incluso Adriana parecía escuchar. Además, llamar a los elementos del clima “hechicero”, “espíritu” o palabras semejantes no cambiaba la esencia del proceso, así que dejó que continuara.

“Al fin y al cabo” se dijo “si recuerdan esta historia no les costará nada aprender en un futuro que la realidad es similar, simplemente quitando los elementos mágicos...”

La historia continuó:

—Sin embargo, Clima es una mujer cambiante, que poco a poco va provocando inmensos cambios en el tiempo atmosférico. Decidió

llevarse a Monzón hacia el Sur, y poco a poco lo fue alejando de aquí, dejando el Sahara sin lluvias habituales. El agua que había en la tierra se redujo, y dejó de verse en la superficie. Poco a poco las plantas comenzaron a desaparecer, para gran pesar de Sahara, a quien comenzaron a llamar Señor del Desierto. Primero los árboles, que no pudieron aguantar la falta de agua. Después matorrales y pastos. A medida que la cobertura vegetal desaparecía, no solo se fueron muchos animales, sino que el mago Viento pudo jugar a su antojo con la tierra de Sahara, pues no había plantas que la sujetaran. Arrastró la arena y las piedras pequeñas de unos lugares a otros, golpeó con los granos rocas de mayor tamaño, rompiéndolas poco a poco, para crear más arena con la que jugar, pues no era capaz de mover las piedras grandes. De ese modo, en algunas zonas del desierto, a las que llamamos REG o *hamada*, dejó piedras cubriendo todo el suelo, como un pavimento...

–¡Es verdad! –interrumpió Daniel emocionado– ¡Eso lo vimos al llegar! El suelo es así donde trabajáis tú y mamá.

–Efectivamente, pequeño. También arañó las grandes rocas y le dio forma a las pequeñas piedras, puliendo distintas facetas en ellas, como si estuviera fabricando pequeñas joyas. Cuando volvamos al REG os enseñaré esas piedrecillas... Las llamamos cantos “ventifactos”, precisamente porque esa forma se la dio Viento.

–¿Pero si se lleva la arena, por qué aquí hay tanta?

–A eso iba, no seas impaciente. La arena que Viento levanta de algunas zonas del desierto la deja caer en otros lugares: cuando está muy activo la lleva lejísimos, incluso hasta España. Muchas veces, sin embargo, la deja caer en las afueras del desierto, formando lo que llamamos Loess. Pese a todo, gran parte de esa tierra se acumula en otras zonas del desierto, formando lugares como éste, a los que llamamos ERG. Auténticos océanos de arena, en las que Viento puede jugar con ella, llevarla de un lado a otro y darle forma. Crea enormes dunas con diferentes formas y nombres: barjanes, que son esas dunas con forma de media luna, estrellas y domos, dunas parabólicas... Y las va moviendo poco a poco, llevándolas a donde él quiere.

–¿Y el agua? –intervino Adriana– Tú mismo has dicho que dejó de

llover, ¿cómo es que aquí de pronto hay agua y palmeras?

–Veréis, en todo el desierto, aunque parezca mentira, sigue quedando agua... Pero se esconde bajo la arena. Cuando el agua comenzó a escasear, a Sahara le preocupaba que nadie pudiera volver a vivir nunca en sus dominios, de modo que, siempre que llueve en las montañas cercanas, o, en contadas ocasiones, sobre el propio desierto, filtra el agua entre los granos de arena, y la guarda bajo tierra, donde el Sol y el calor no pueden evaporarla toda. El agua llega solo hasta cierta altura, y normalmente las dunas quedan por encima de ella, de modo que no podemos ver más que arena seca. Sin embargo, a veces, entre una duna y otra, queda un surco lo suficientemente profundo como para alcanzar la superficie del agua y permitir que salga al aire libre.

–¡Y entonces se forma un oasis!

–Efectivamente, Daniel. Además, Sahara había guardado entre la arena unas pocas semillas, por si algún día podían volver a crecer. De este modo, cuando el agua queda tan cerca de la superficie que llega hasta ellas, las semillas brotan y forman oasis como este. Los animales aprovechan y vienen para alimentarse y beber, igual que nosotros.

–Es como en la playa, ¿no? –preguntó Adriana– Que cuando cavas un poco encuentras arena mojada, y si sigues aún más llegas al agua.

Irene asintió y respondió:

–Sí, es lo mismo, solo que con agua dulce. Además, en la playa tú sabes a qué nivel encontrarás agua, ya que ves la superficie del mar. Aquí es un poco más difícil.

–¿La playa también es de Sahara? –preguntó Daniel– Tiene dunas.

–Cierto, pero no es igual, simplemente Viento ha estado jugando con ella– aclaró Rachid–. Y ambos tienen agua entre la arena, bajo la superficie, que se ve cuando alcanzas el nivel freático.

–¿El qué? – Daniel parecía desconcertado.

–El nivel al que llega el agua que hay entre la arena– respondió Irene por Rachid.

–Cierto, lo he llamado así por costumbre, pero bueno, ahora ya sabes qué es.

Después de la cena, tras dejar a Daniel y Adriana en su cuarto, Irene fue a ver

a Rachid.

–Gracias por entretener a Daniel hoy, estaba entusiasmado con la historia.

–No hay por qué darlas, el pobre parecía harto de que habláramos de trilobites.

–La verdad es que tengo a los dos bastante cansados de “geo-cosas”, como las llama Adriana... Daniel se pone a recoger rocas por el campo cada vez que puede, pero nunca presta atención a las explicaciones.

–Es normal, es muy pequeño y muy activo... Cuando volvamos a los afloramientos podemos ponerle a buscar trilobites, o “piedras bonitas” y así se entretendrá algo.

–Sí, buena idea. A Andrea le prestaré algún libro, supongo. Pero bueno, te dejo dormir, que mejor estar descansados para volver mañana. Buenas noches.

–Buenas noches.

–Adriana– susurró Daniel, en su habitación.

–Es tarde, Daniel, vamos a dormir.

–Te voy a regalar una joya del desierto.

–¿Eh? ¿Cuál? ¿Una rosa del desierto?

–No, una joya de Viento.

Adriana pensó un segundo a qué podía estar refiriéndose su hermano.

–Ah. Los cantos ventifactos.

–Sí.

–No son joyas.

–Sí lo son. Las hace un mago.

–Bueno, si encuentras una de colores bonitos me la quedaré– cedió Adriana, llegando a la conclusión de que no era buena idea discutir con su hermano.

El pequeño, tumbado en su cama, sonrió, ilusionado con la posibilidad de regalarle algo importante a su hermana. No tardó en quedarse dormido, solo para soñar con una extraña mezcla de las historias de Sahara, el Señor del Desierto, y los cuarenta ladrones, a los que estaba convencido de haber visto esa tarde.

Salida de Campo



Cristina Mariño Arias reside en Madrid (España) donde ejerce como Maestra de Primaria. Ha encontrado su inspiración en un Geólogo muy creativo que ha sabido despertar en profanos el interés por su campo. *“Gracias por volver a mi vida, aunque nunca te fuiste. Para Ana y Txema”*.

—*¡Mira, papá! Una caracola incrustada en la piedra.*

—*No es una caracola, Valeria, es un ammonites. Son fósiles de hace millones de años, pero suelen encontrarse cerca del mar y este está muy lejos...*

—*¿Cómo habrá venido a parar aquí?*

* * *

“Un día más flotando en la nada” fue lo que pensó nada más abrir los ojos esa mañana... o esa tarde, o esa noche. La monocromía circundante le impedía distinguirlo. Era imposible saber en qué momento del ciclo solar estaba uno en ese vacío en el que se encontraba inmerso ¡Y otra vez a flotar sobre las infinitas planicies del lecho marino en medio de la sempiterna negrura!

Quizá hoy podría encontrar un momento para echarle otro vistazo a la costa. Con un poco de suerte, si había brisa, podría volver a ver la danza de la arena en la playa: todas esas motitas de polvo titilando a la luz del sol en una coreografía ágil y repentina, poesía pura surgiendo de la sequedad del suelo con un fin tan drástico como su comienzo. ¡Cómo le fascinaba ese anárquico movimiento en suspensión tan parecido a lo que le rodeaba y a la vez tan distinto! Y después estaba el oneroso verdor que le servía de telón de fondo. Sentía que allí había algo para él, algo le llamaba cada vez que, rellenando de gas su fragmocono, asomaba su único ojo por encima de la espumeante superficie de lo que era su hogar. Observaba las gotas de rocío deslizarse por los tallos bajos de la exuberante vegetación del estuario y los seres que de ello se aprovechaban ¡Eran criaturas tan distintas a lo conocido! ¡Parecían tan sólidas y tan libres allá en la tierra firme! Después siempre volvía pensativo al fondo de arena barrido por incansables corrientes marinas y deambulaba sin rumbo fijo para terminar invariablemente en la estrecha reclusión de su concha ¡Cuánto envidiaba a los terrestres!

Nadie en su entorno parecía entender sus tribulaciones. Los colores de los otros ammonites nunca coincidían con los suyos... estaban conformes con su húmedo entorno y sus salada cotidianeidad. No parecían preguntarse qué había más allá de la orilla del mar, no comprendían su inquietud. Aventurarse más allá del agua era un peligroso sinsentido en su mundo y tan solo podía acarrearle un sinfín de desgracias que nadie sabía concretarle. Y eso era precisamente lo que le despertaba ese irresistible y morboso interés que le distinguía de sus vecinos.

Se sentía como un extraño entre sus semejantes, se sentía fuera de lugar... ¡fuera de lugar! ¡Eso era! Tenía que salir de allí y averiguar qué le estaba

esperando entre los licopodios. Sin esperar nada más, pues nada más podía esperar, insufló gas en sus septos interiores y se impulsó con sus tentáculos hacia la orilla.

Se sirvió del ondulante movimiento del agua para llegar a su primer destino. Se sentía ligero y emocionado al abandonar el suave y conocido entorno acuático cambiándolo por el roce del aire en su viscosa piel ¡Qué áspera y extraña sentía la arena! Todo era nuevo y maravilloso a su alrededor: los colores, los sonidos... Ya no escuchaba los agudos lamentos de sus compañeros marinos en la oscura e impenetrable quietud del mar. Ahora era todo mucho más ruidoso y totalmente desconocido. Ni siquiera sabía cómo empezar a clasificar lo que llegaba a sus receptores: cada criatura, y las había por cientos, emitía un sonido peculiar y característico ¡El caos reinaba en la tierra!

Las últimas estrellas nocturnas refulgían en el cielo sobre su cabeza, de un azul brillante en contraste con la breve franja de pavimento arenoso blanco, negro y ocre justo entre el agua y las primeras briznas de un verde profundo y fragante.

Una vez que su medio de vida quedó atrás, se dio cuenta de la importancia que tenía en aspectos en los que no había reparado: ahora todo le pesaba más. Moverse era difícilísimo: llenarse de gas no funcionaba. Tenía que pensar en otra forma de locomoción. Con algo de esfuerzo consiguió organizar sus tentáculos bajo su caparazón de manera que formaran una estrella, así podría moverse en cualquier dirección haciendo un poquito de fuerza con ellos. Desde luego era muy distinto moverse por tierra y en el agua. Se sentía torpe y lento ¡pero estaba aprendiendo tantas cosas!

La arena seca le irritaba la epidermis, así que se mantuvo cuidadosamente a la orilla del agua mientras avanzaba por la ribera del estuario arriba. La franja arenosa era cada vez más estrecha y la tierra bajo la vegetación parecía más acogedora porque el rocío la mantenía fresca. No sería como pasear por el lecho marino, pero era lo suficientemente húmeda como para no resultar molesta del todo.

Progresivamente la orilla arenosa fue ascendiendo hasta convertirse en ribera. El cefalópodo ya no se encontraba en contacto con el agua de ninguna manera. Había conseguido tomar contacto con los primeros vegetales terrestres de su existencia ¡Qué diferentes de las algas! La hierba se mecía con el viento, sí, pero de una forma mucho menos insinuante que los altos tallos de *Ceratium* entre los que se había criado. Y sus bordes afilados parecían estar pensados para dañar la delicada piel de un foráneo como él. Desde lejos le había parecido que todo era distinto: más amable, menos amenazador. Pero

eso no le restaba encanto, si acaso le intrigaba aún más. ¿Cómo podían las criaturas terrestres convivir con todos esos peligros y dificultades? Haciendo acopio de temeridad y espíritu inquisitivo probó a acercarse al haz más cercano y tocarlo... Nada sucedió ¡sus tentáculos no habían sufrido daño alguno! Y el tacto resultaba ciertamente más fresco y agradable que la propia tierra.

Sin embargo, una vez resuelto el dilema sobre la vegetación, empezó a notar una angustiada sensación de tirantez que ignoró mientras pudo, pero entonces el agobio se extendió poco a poco de manera generalizada. El sol alcanzaba su cenit y el aire estaba quieto, como esperando algo, observando las evoluciones de la valiente criatura marina que en su ignorante atrevimiento había osado trasgredir sus limitaciones naturales.

No obstante la determinación del pequeño cefalópodo era más fuerte que todo aquello. Quería a toda costa averiguar qué había más allá del sotobosque ribereño así que obstinadamente continuó, haciendo caso omiso de las incomodidades de ese medio hostil. Comenzaba a odiar el aire, cálido y susurrante, que tan benévolo parecía ser con otras criaturas, como las meganeuras, unos enormes y alados seres zumbadores que planeaban sobre su concha trazando espirales y caprichosas circunvoluciones con ligereza. Para el ammonites mover un tentáculo se estaba convirtiendo en una tarea imposible. Pero uno tras otro, fue recorriendo centímetro a centímetro la distancia que le separaba de su objetivo. Nunca se había sentido así. Su caparazón le pesaba cada vez más y más. Incluso su visión empezaba a perder nitidez.

Y volvió la negrura.

Un intenso dolor atravesó toda su viscosidad y se hizo camino hasta su cerebro haciéndole abrir su ojo de nuevo. A través de la crispada neblina de su iris vio cómo un *Eusthenopteron*, creyéndolo muerto, se entretenía en masticar uno de sus tentáculos ¡Era su fin si no hacía nada! El pánico se apoderó del ammonites y al forcejear frenéticamente para intentar librarse de la glotona criatura, dio con su caparazón entre los dos ojos del anfibio. El *Eusthenopteron*, enfadado y sorprendido por la repentina y furiosa resistencia de su presa, sacudió su plana cabeza, todavía con el tentáculo entre sus afiladas fauces, con tanta fuerza que levantó al ammonites por los aires lanzándolo por encima del talud de la cuenca del río y devolviéndolo al medio acuático, aunque esta vez con un tentáculo menos.

La pérdida de uno de sus miembros fue un trágico acontecimiento en la aventura del ammonites, aunque sabía que se había librado de una muerte segura gracias a su predador. Lo supo en cuanto tocó de nuevo el agua.

Aunque cálida y dulce para su gusto, era mucho mejor que ninguna, mejor que estar secándose al aire, mejor que morir lentamente bajo la implacable caricia de los rayos solares. Volver a danzar en el agua, aún con sus tentáculos mermados, era una sensación maravillosa, cómoda, fácil... vieja. A medida que iba sintiéndose mejor recuperaba también la sensación de aburrimiento y el interés por su abortado periplo. Pero ahora era más sabio. Aprendería de sus errores y los remediaría ¡La próxima vez estaría preparado!

La corriente era fuerte, pero no demasiado rápida, se dejó llevar hacia el mar. Tenía un plan y para ello debía volver a sus inicios.

* * *

Pasó tiempo antes de que volviera a ver la costa. No lo necesitaba, no se borrarían los detalles de su memoria, podía ver cada centímetro recorrido con más nitidez en su mente que en la propia realidad. Intentaba aprovechar el tiempo repasando los fallos de su anterior intento y buscándoles remedio. Su primer error había sido sucumbir al entusiasmo y no prepararse adecuadamente. La información que ahora tenía sobre el lugar al que se dirigía era de incalculable valor si quería acometer con éxito la hazaña.

Necesitaría agua para no desecarse por el camino. El mar era inmenso, pero no sabía si la tierra también lo sería. No quería correr riesgos, así que rellenó todas las cavidades de su caparazón con agua de mar, de esta forma llevaría sus propias reservas allá donde fuera. Sin embargo no podía llenarlas hasta el momento antes de salir del mar, porque no podría nadar hasta la orilla si no disponía de espacio para el gas que le permitía flotar.

Ya sabía que el contacto con los helechos de la ribera no era perjudicial para los seres como él, eran como algas pero adaptadas a la vida en tierra. La arena sin embargo, era otra cosa bien distinta. Era suave y fina en el lecho marino, pero eso se debía a que se había precipitado allí después de un largo proceso de erosión que no había terminado para la que aún se encontraba emergida. Por eso debía mantenerse en la medida de lo posible en la que más cerca del agua estuviera, además eso contribuiría a ahorrar el agua almacenada, que no sabía cuánto podía durar.

También debía tener cuidado de no pasar, otra vez, cerca de los depredadores. No se había parado a pensar que podía haberlos también fuera del agua. Aunque nunca antes hubieran comido ammonites quizá les gustara la *nouvelle cuisine*.

Y otro factor del que no debía olvidarse era el sol. Cuando salía a la superficie del proceloso mar donde desarrollaba su existencia, no reparaba en lo hiriente que podía resultar su contacto. Todas sus partes blandas quedaban

bajo el agua, así que no se había percatado de eso hasta que estaba ya bien avanzada su fallida excursión. Saldría cuando se pusiera el sol y viajaría de noche. Calculaba que para cuando llegara el amanecer ya estaría bajo la umbría protección de los equisetos del estuario, a salvo del abrasador beso del astro. La única cosa que no tenía muy clara era si su merma tentacular sería un grave inconveniente para su movilidad. Había notado que al nadar se desenvolvía bien, aunque no como antes. Sin embargo no representaba un gran inconveniente ¿sucedería lo mismo una vez en otro medio? Solo había una manera de averiguarlo.

Y así, el pequeño y curioso ammonites volvió a salir del agua en busca de las respuestas que nadie más podía darle. Los últimos rayos del sol arañaban el techo celeste dejando cicatrices anaranjadas y de un rosa intenso cuando se impulsó hasta el punto más cercano a la desembocadura del río, donde el agua aún estaba salada, y ahí cambió su gas por el líquido que tan necesario sería para su supervivencia. A medida que iba rellenando septos, el peso de su caparazón aumentaba aplastándole paulatinamente. No había contado con ese peso extra pero no iba a resignarse a que algo tan nimio le impidiera seguir adelante. Además, a medida que fuera gastando el agua el peso se aligeraría de su caparazón haciendo más fácil el camino a medida que avanzara.

Soplaba una fresca brisa nocturna que mecía las nubes suspendidas sobre la floresta devónica que el ammonites pretendía alcanzar y los ruidos de criaturas inauditas poblaban la oscuridad reinante. Al cefalópodo no le importaba, su aguda vista estaba entrenada para penetrar en la negrura marina. Las estrellas titilantes en la bóveda celeste arrojaban una claridad que superaba con creces la que podía llegar en el día más luminoso a las profundidades donde vivía.

En cuanto tuvo su fragmocono repleto de agua dispuso sus tentáculos en derredor, teniendo buen cuidado de dejar hacia atrás el tentáculo cercenado, y emprendió resueltamente su camino a lo largo de la orilla hacia la ribera fluvial.

No tardó mucho en llegar al punto donde se había encontrado al *Eusthenopteron*. Allí extremó las precauciones. No oía ningún ruido amenazador, aunque tampoco lo había escuchado la otra vez. Hizo acopio de valor y siguió adelante entre los helechos. Un leve gorgoteo un poco más adelante en su camino le sobresaltó ¿sería el *Eusthenopteron* que se habría aficionado a cenar ammonites? Con precaución se abrió paso entre la maleza que empezaba ya a espesarse y observó como unos cuantos trilobites chapoteaban en el barro de una pequeña ciénaga a los pies de unos

asteroxyloones. No le habían visto y decidió seguir su camino sin molestarlos. Con los trilobites nunca estaba uno seguro de cómo actuar, eran criaturas de lo más temperamental. Aunque pensándolo bien... un tentempié de medianoche no le vendría nada mal.

Rodeando la charca con precaución, se acercó a uno de los trilobites que estaba un poco más apartado de los demás. Su caparazón bamboleante por carecer de más sostén que el viscoso cuerpo del ammonites y por estar lleno de agua, estorbaba sus habitualmente gráciles movimientos submarinos, si bien no tanto como para evitar que alcanzara la parte posterior del trilobites con sus dos tentáculos anteriores y lo arrastrara inexorablemente hacia sí para degustar su terroso sabor.

Viajar de noche le favorecía. No notaba esa sensación de asfixia con tanta frecuencia como la otra vez. Ese punto del plan estaba funcionando al menos. Había llegado mucho más lejos que en la anterior ocasión, aunque era cierto que no disfrutaba tanto de la salida. Se movía en la oscuridad, como en el agua de donde provenía y no podía ver la arena danzar a la luz del sol en caprichosas volutas iridiscentes. Pero estaba allí, había conseguido lo que ningún ammonites antes había hecho. ¡Era un pionero! Quizás algún día sus hijos podrían nadar en el agua y correr en la tierra y así disfrutar de ambos mundos por igual. El *Eusthenopteron* lo hacía. Pero eso era ir demasiado lejos. Por el momento convenía hacer un pequeño descanso para remojarse un poco antes de seguir adelante. Su caparazón no era muy grande, y uno de sus septos ya estaba vacío. Sin embargo, la noche era joven aún y le quedaban al menos otros cuatro o cinco repletos de agua.

No le costaba avanzar a través de la floresta de licopodios y helechos aunque cada vez se iba haciendo más densa. En alguna ocasión su caparazón corrió el riesgo de atascarse un poco, pero seguía siendo ágil aún en tierra y supo salvar los obstáculos con elegancia. Pero el roce de las plantas, la tierra sobre la que se movía y la sutil pero cálida caricia del aire resecaaban constantemente su viscosa epidermis que perdía constantemente el brillo que le era propio y que no era sino el reflejo de la elasticidad del cuerpo del cefalópodo. Cuando esto sucedía, moverse le costaba más, por lo que recurría a menudo a sus reservas de agua que menguaban a medida que pasaba la noche. Pero aunque el agua se agotaba, no lo hacían sus ganas de explorar y descubrir más cosas. Cuando más veía, más adelante quería seguir.

Al rayar el alba el ammonites se encontraba, según su plan, bastante lejos de la orilla que había abandonado horas antes. Había atravesado la frondosa vegetación que había visto desde su acuático punto de observación y ahora contemplaba algo completamente distinto.

El bosque de equisetos terminaba abruptamente en un desnivel muy pronunciado donde la tierra exhibía las marcas de drásticos cambios recientes. La pared de roca que descendía a pico desde donde se encontraba el aventurero encontraba su final en el fondo de un valle no muy profundo anegado por las aguas del río que formaba desordenados regatos alrededor de isletas de vegetación arrasada. Los insectos como las *Rhyniella* proliferaban alrededor de los troncos semipodridos y los anuridas teñían de un azul intenso las superficies de lagunas y charcas a medida que los tímidos rayos del sol se abrían paso a través de la espesura.

Si continuaba adelante no podría volver jamás. Tendría que despedirse de sus esperanzas de unos ammonites anfibios. Estaría renunciando a su pasado y también a su futuro.

El *Eusthenopteron* decidió por él.

Acercándose sigilosamente por el mismo selvático sotobosque que había conducido allí al ammonites, el *Eusthenopteron* saltó sobre el caparazón casi vacío del cefalópodo y ambos se precipitaron talud abajo rebotando una y otra vez en su caída. Se aferraban mutuamente haciendo que sus cuerpos girasen tal que ora uno, ora el otro se golpearan contra la dura roca. Cuando llegaron abajo en un amasijo de miembros y distintos fluidos, polvorientos y magullados el ammonites se dio cuenta que abrazaba un cuerpo inerte. La fuerza con la que la poderosa mandíbula del *Eusthenopteron* le había atrapado, se había desvanecido. Había vencido a su atacante ¡Incluso fuera del agua un ammonites era un enemigo temible, al parecer! No notaba que esta vez le faltara nada y, aparte de las molestias normales de haber rodado acantilado abajo varias decenas de metros, no se sentía del todo mal. Así que decidió seguir adelante, ya que volver atrás no podía.

Mientras se alejaba del lugar a su particular manera, una fisura en su concha permitía que la escasa agua que le quedaba escapara, dejando un húmedo rastro en el polvoriento suelo del valle.

Cada vez se sentía más ligero. A pesar de las magulladuras no le costaba tanto moverse como al principio ¿Se estaría acostumbrando ya a la vida terrestre? ¿Sería ya un anfibio? Decidió aprovechar el acuático caos reinante en el valle para remojarse un poco, aunque no fuera agua salada, era mejor que nada. Atravesar esa zona fue muy fácil, estaba repleta de rocas sobre las que deslizarse, en lugar de áspera arena. Y de charca en charca, siguiendo el curso principal del río, llegó al otro lado donde una suave ladera comenzaba a ascender hacia prometedores nuevos lugares. Quizá habría mar al otro lado. Quizá conocería a otros ammonites a quien pudiera contarles su aventura y animarles a que también se hicieran anfibios. Pero eso era ir demasiado lejos.

Primero había que subir y asomarse al otro lado.

La falda de la colina estaba orientada hacia el oeste, de tal forma que los rayos del sol ya no incidían sobre ella, pero sí sobre la pared desnuda de roca por la que había caído. Se dio la vuelta para despedirse por última vez del lugar del que había venido y se sorprendió de la preciosa visión que le ofrecía la naturaleza desde allí. El talud estaba constituido por varias capas onduladas de diferentes minerales cuyas bandas rojas, naranjas, azules y doradas, refulgían a la luz del atardecer.

El ammonites se había pasado el día sumergido en los regatos, buscando comida y evitando el cruel contacto solar. Había estado ahorrando el agua salada de sus últimos dos septos. La prefería a la dulce de los regatos con la que rellenó los septos que había vaciado, pero no le quedaba otra si quería seguir adelante.

Comenzó la ascensión poco a poco, ya que no había prisa en alcanzar la cima antes de que el sol se ocultara de nuevo. El reguerillo de agua que corría ladera abajo delataba la fuga de las reservas del ammonites, que ajeno a esta circunstancia emprendía de nuevo el viaje.

La cuesta al principio estaba poblada de vegetación pero pronto comenzó a ralearse hasta que desapareció por completo a unas decenas de metros desde el valle. El ammonites se sintió a partir de entonces muy expuesto. Cualquier predador podía verlo e intentar tener éxito donde el *Eusthenopteron* había fallado. Intentaba adaptar los colores de su piel al entorno que atravesaba, pero no era fácil porque no eran los que acostumbraba a mimetizar. La escasez de plantas era proporcional a la dureza del terreno, cada vez más polvoriento, pedregoso y erosionado. De repente un golpe de viento recorrió el valle y subió por la ladera levantando una miríada de motas de polvo y arena que efectuaron su danza, la que tanto fascinaba al ammonites, sobre la cresta de la formación. Los cristales de silicio brillaban resaltando con su luminosidad la belleza de la puesta del sol.

La luna salía ya cuando el inquieto cefalópodo alcanzó una zona más plana desde donde podía divisar el paisaje nocturno sobre el valle que acababa de abandonar. La ya conocida brisa que soplabla desde el océano le trajo recuerdos de su lejano hogar y se sintió a la vez apenado y orgulloso de haber llevado a cabo una proeza así. Y también muy solo. Además, bamboleaba su concha a través de una estepa desnuda y polvorienta cortada en diferentes lugares por amplios cañones y traicioneros desniveles que podrían significar la muerte de cualquier criatura que no estuviera muy atenta a dónde ponía el tentáculo.

Tan absorto estaba en evitar los accidentes del terreno que no se dio cuenta

de que no estaba tan solo como creía en ese inhóspito paraje. Un aterrador chillido rasgó la quietud de la noche y sin saber cómo, se encontró mirando el paisaje desde una perspectiva que nunca habría imaginado: ¡qué grande era la tierra! ¡cuántas cosas distintas había para ver!

* * *

En mitad de la noche se precipitaba en la oscuridad la concha vacía de un ammonites salpicando el vacío de agua de mar.

Sombra de Pterodáctilo



Antonio Jesús Ruiz Munuera reside en Murcia (España) donde es profesor de educación secundaria. Es un amante de las ciencias naturales desde niño, cuando lo que más le gustaba del mundo era hacer excursiones con su padre para buscar fósiles y clasificar rocas. Compatibiliza sus aficiones con la escritura de relatos que, en esta ocasión, se ha fundido en un abrazo con la paleontología y la geología.

Su brillo me atraía como un faro, irradiando reflejos dorados desde el otro extremo de la bahía. Después de largas semanas de borrasca que habían redefinido parte de la fisonomía de las playas, un sol cegador se colaba con urgencia entre las nubes, haciendo resplandecer las piedras mojadas como si fueran espejos.

Con la marea baja, el mundo sumergido se dejaba ver por unas horas, y entre todo lo que el mar había arrastrado a la arena, brillaba con luz propia un ammonites piritizado sobre un enorme bloque de basalto, arrancado por la tormenta al Cabo Golden Cap. Desde ese día camina conmigo, abrigado en un bolsillo al fondo de mi vieja mochila de ejemplares. Bruñido incesantemente por mi trote, su dorada espiral me centra en el camino hacia los fósiles.

Siempre me han llamado las rocas. La gente las ve como materia inerte, poco más que un elemento del paisaje, indiferentes a sus secretos; para mí son un tesoro a la vista de todos, un inagotable depósito de información sobre el pasado, de épocas remotas y oscuras, cuando nuestro planeta estaba dominado por las grandes bestias. Son vida petrificada.

De niña tuve la suerte de vivir entre fósiles. Es más: comía y dormía sobre millones de ellos. La costa de Dorset es el mayor santuario fósil de Gran Bretaña², tan denso en especímenes, que difícilmente podrías andar en sus acantilados sin pisarlos por docenas; trilobites, belemnites, ofiuras... y, sobre todo, saurios gigantes: los mayores animales que han existido nunca, dormían un sueño de milenios bajo mi jardín, a la espera de que yo los despertase de su letargo pétreo.

Me llamo Mary Anning. Pero en mi pueblo, y ahora en toda Inglaterra, me conocen como la dama de las piedras. A los doce años aún no sabía escribir, pero disfrutaba de un don especial para localizar fósiles, que parecían posicionarse ante mí como si los mirase a través de una lente de aumento. Ese invierno encontré entre las rocas de Lyme Regis el primer ejemplar del planeta de Ictiosaurio, un pez-reptil de más de cinco metros de longitud que

² Nota del autor: La llamada *Costa Jurásica*, en el sur de Inglaterra, está declarada Patrimonio de la Humanidad por sus increíbles formaciones fósiles, que abarcan aproximadamente 185 millones de años de historia de la Tierra.

dominó los mares durante el Jurásico; fue considerado una anacronía de la creación, con su aspecto de cocodrilo, dientes de tiburón y cuerpo de delfín. A partir de ese momento, la naturaleza del pasado se ha ofrecido a mí cada día, como si yo fuese una intermediaria entre nuestro mundo y el de ellos.

En 1811 y mientras toda Europa miraba hacia Francia, temerosa por el voraz avance de las fuerzas napoleónicas, mis padres y hermanos –ocho de los cuales murieron antes de nacer yo– libraban su propia batalla por la supervivencia, malviviendo en una paupérrima vivienda que apenas se erguía ante los vientos del Canal de la Mancha. Los huesos de piedra, como los llamaba mi madre, habrían de ayudarnos a cambiar no sólo la percepción pretérita de la Tierra, sino la del futuro de nuestra familia. Lo que empezó siendo un juego para coleccionar piedras llamativas, habría de ser una vocación que llenaría la mesa de comida, alimentando a un tiempo mis necesidades intelectuales.

Dicen que todos, sin excepción, venimos a este mundo con un don, aunque la mayor parte de nosotros salimos de él sin descubrirlo. El mío era encontrar vestigios del pasado, y lo aproveché tanto como pude. Mi obsesión por la historia oculta de las rocas, acabó dotándome de habilidades excepcionales para encontrar fósiles, que se mostraban ante mis ojos mientras cientos de personas pasaban ante ellos sin reparar en su presencia.

Desde tiempos remotos, el ser humano ha pensado que los fósiles eran restos de criaturas de otro universo, incluso antiguos dioses petrificados. Yo descubrí que son de este mundo y, sin apenas planteármelo, mis extrañas ideas desafiaron la interpretación bíblica de la historia de la creación y, con el tiempo, mis animales de piedra ayudaron a cimentar la teoría evolucionista de las especies.

En 1821 realicé mi segundo gran descubrimiento: había pasado varios años recolectando por docenas unos grandes y afilados dientes cónicos engarzados en las rocas, desafiándome a encontrar una explicación a su lógica desordenada. Pero en esa ocasión, el acantilado me ofreció un conjunto de ellos montados en dos mandíbulas y, tras éstas, en perfecta alineación, un larguísimo cuello de 35 vértebras que daba paso al cuerpo ancho –como de tortuga– de lo que habría de conocerse como Plesiosaurio, fascinante con sus cuatro aletas dorsales, únicas entre los mamíferos marinos. Para completar el

hallazgo, y tras dejar a la luz su caja torácica una vez limpia de tierra, encontré tres preciosos ejemplares de belemnites en lo que debió de ser su estómago, confirmando que los cefalópodos ya eran parte de la dieta para los viejos depredadores oceánicos.

Ahora, y tras ser demonizada durante décadas por mi condición de mujer – a la que se unía mi bien merecida fama de irreverente, por cuestionar los inalterables postulados científicos y religiosos –, encuentro un cierto reconocimiento a mi labor³.

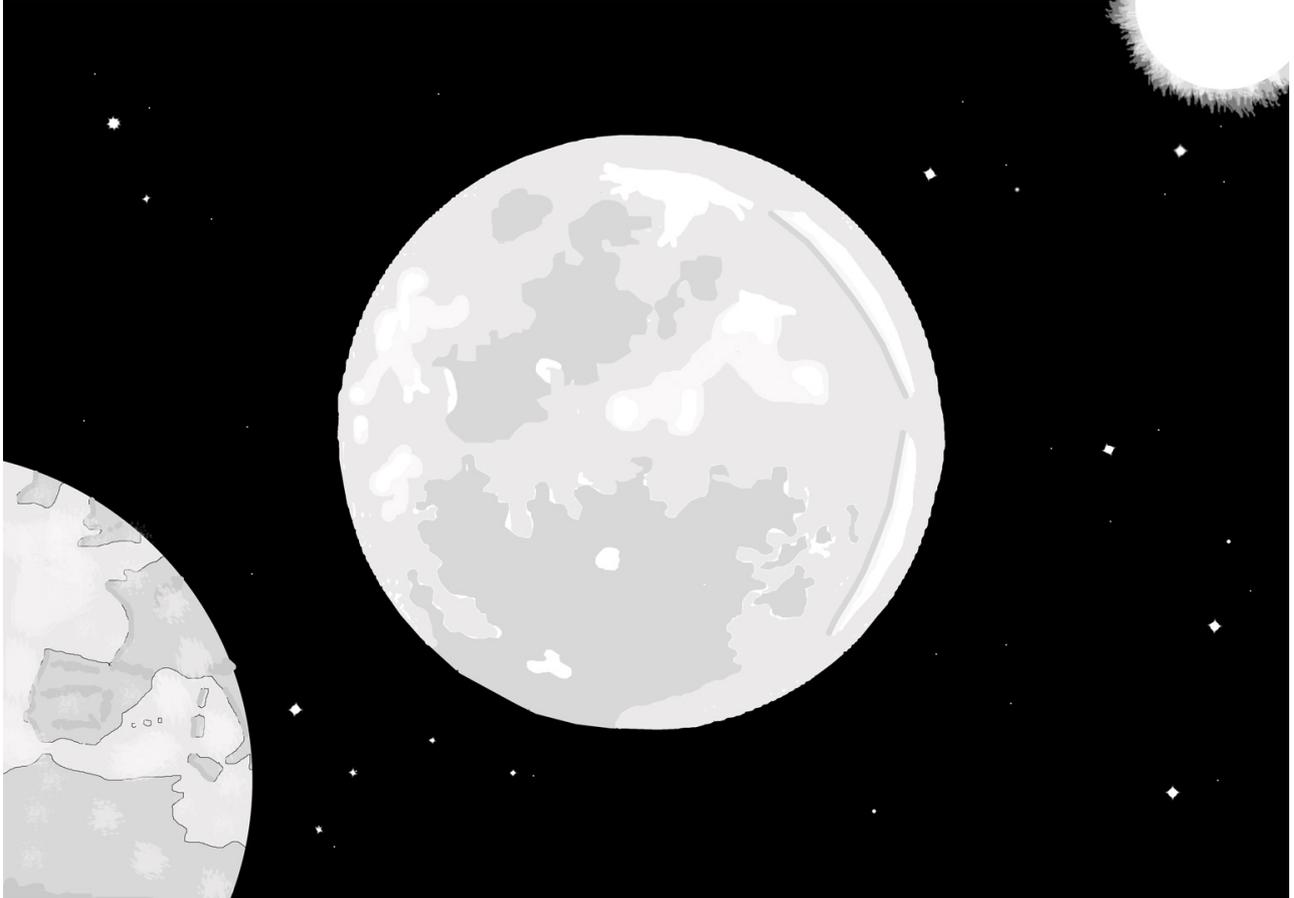
Mi pequeño comercio de fósiles, que ha servido para enriquecer colecciones privadas y museos de medio mundo, ha llamado la atención de geólogos y naturalistas ilustres, que confirman la autenticidad de mis especímenes. William Bullock, Everard Home, George Featherstonhaugh, e incluso el reticente pero magnífico Cuvier, han venido hasta mis playas de Dorset, disfrutando *in situ* del maravilloso tesoro natural que albergan sus formaciones rocosas. Su reconocimiento hacia mi trabajo, lento y de difícil expresión –como los mismos fósiles– no me llegó hasta la vejez, aunque no por ello limitó mi entusiasmo por sacar a la luz la historia escondida bajo los acantilados.

Ya cercana mi salida de este mundo, dejo volar la imaginación hasta mi niñez.

Siento el calor de las rocas, sobre las que disfruto tumbada con mi ajado vestido y el pelo cano revuelto por el viento; oteo el infinito horizonte del mar, y entornando los ojos, puedo ver saltar sobre el agua un Squaloraja, el tiburón- raya gigante, mientras la sombra afilada de un Pterodáctilo se mueve en círculos por las arenas blancas de la playa, ajenos a que, sólo unos años después, alumbrarían el mundo de la ciencia con su inmutable presencia fósil.

³ Nota del autor: Mary Anning es reconocida como una de las fundadoras de la Paleontología. Con sus descubrimientos fósiles, contribuyó a que el mundo científico reconsiderase la cronología de la Tierra. Hoy en día, sus hallazgos se encuentran expuestos en el Museo de Historia Natural de Londres, en el que sus dinosaurios ocupan una de las secciones más visitadas.

Un Baile



Anna María Medina Sevilla reside en Cerdanyola del Vallès (Barcelona, España) y es licenciada en Geología, profesora de Ciencias y amante de la literatura infantil. Le interesan especialmente los enlaces que se pueden crear entre la ciencia y los cuentos, que conectan con las emociones de grandes y pequeños y que pueden ser una muy buena herramienta de aprendizaje y de divulgación de estas ciencias.

Selene paseaba callada, suspirando como cada noche. No era lo suficientemente mayor como para ir sola por este mundo tan ancho, ni suficientemente pequeña como para ir de la mano de su mamá, así que miles de pequeñas estrellas la acompañaban desde una prudente distancia.

Su paseo era simple: rodeaba la Tierra una vez tras otra sobrevolando valles, montañas y mares en línea recta. Alguna noche intentaba trazar un camino diferente pero a pesar de sus esfuerzos, la ruta nunca cambiaba ni un solo centímetro. Selene soñaba despierta, pues ella vivía casi siempre de noche, así que podía observarlo todo mientras el mundo dormía. Envidiaba a todos aquellos animales que veía descansar en sus nidos y cabañas, a través de las ramas, y se preguntaba qué sentiría si se quedase dormida como ellos, aunque fuese sólo un instante. Algunas veces, lograba pasear durante el día, y los veía andar, correr, nadar dentro del mar, desmelenarse al viento, saltar. Cuando observaba todos aquellos seres correteando en el agua y en el campo, sentía que se lo pasaban verdaderamente bien, y los envidiaba.

Selene envidiaba todo cuanto le rodeaba, y se preguntaba por qué no podía ser ella como los demás y jugar, divertirse o bailar hasta quedar rendida. El silencio de la noche, la hacía sentir aun más sola y desdichada, y sus suspiros podían oírse entre las nubes.

Sin embargo, Selene ignoraba que era admirada por muchísima gente. Antes de dormir, niñas, niños y mayores se colgaban en la barandilla de sus balcones y se quedaban allí un buen rato, embobados, pensando en qué tendría la Luna para brillar de esa manera, en cómo podía volar tan alto, admirando sus formas cambiantes noche tras noche como una manzana que se iba recortando a bocados.

Así, mientras Selene suspiraba en silencio llena de envidia, muchísimas personas la envidiaban a su vez por su belleza.

Además, Selene se sentía desdichada porque vivía intensamente enamorada, tristemente enamorada de alguien a quien nunca encontraba: el Sol. Enloquecía con su luz, le revolvía su calor, le impresionaban sus rayos y su vigor. Cada vuelta que daba a la Tierra era un día entero en que lo buscaba en el horizonte; primero desde lejos y a cada paso, un poco más cerca. Intentaba correr, ir rápido para alcanzarlo, pero a pesar de sus esfuerzos, su paso era lento y preciso; tardaba siempre 28 días en dar una vuelta a la Tierra y durante ese camino se cruzaba una sola vez con el Sol. Sin embargo, cuando

por fin se conseguía acercarse lo suficiente a él le acababa dando la espalda, sin remedio, sin poder hacer nada contra ese imán que la obligaba a hacer sus paseos siempre mirando a la Tierra, enseñándole siempre la misma cara triste y desesperada.

El Sol, entonces, se ponía furioso; no lograba comprender como podía ser que una Luna de esa estupenda belleza, a la que todos admiraban, podía darle la espalda una vez tras otra sin siquiera inmutarse. Al enfadarse, su luz se volvía mucho más potente, y su fuerza era tal, que los mares podían llegarse a secar completamente.

Pensaba él que Selene era una Luna vanidosa, que no valoraba su esfuerzo de iluminar el mundo entero, de proyectar su luz sobre ella para que también pudiera ser vista por la noche por todos aquellos ojos admirados.

Desde la Tierra todos podían observar también ese baile entre el Sol y la Luna, mientras se acercaban y se alejaban intentando cruzar sus miradas sin éxito. Los que la buscaban observaban cómo la Luna se volvía cada vez más oscura a medida que se acercaba a su compañero inalcanzable, hasta prácticamente desaparecer en el cielo. Después se vestía poco a poco de blanco a medida que pasaban las noches hasta cubrirse completamente de luz al quedar encarada al Sol, en el momento en que se encontraban más alejados y distantes. Los más observadores comprendían que la luz de la Luna no era más que el reflejo de la luz del Sol, que la iba iluminando de un costado a otro a lo largo de su baile.

Así que de esa manera pasaban los días y las noches, con un cielo surcado por una Luna suspirando y un Sol enfadado que no encontraban el momento ni el lugar para contarse lo mucho que se admiraban y se echaban de menos.

Sin embargo, un buen día, o una buena noche podríamos decir, las estrellas, agudas observadoras, decidieron poner fin a aquella historia tan triste. Ellas tan lejanas pero presentes, empezaron a discutir cómo podían solucionar aquel problema, pero se encontraban tan lejos las unas de las otras y les costaba tanto verse en la penumbra, que no había manera de entenderse. La Tierra, después de oír largas conversaciones nocturnas y no poder pegar ojo, decidió que debían solucionar aquel embrollo. Así que, después de explicarles su propuesta, se armó de paciencia y se puso manos a la obra. Dedicó muchos meses a calcular sigilosamente (un poquito cada día para no levantar sospechas) el momento en que quedaba situada justo en medio de ellos,

mientras giraba alrededor del Sol y la Luna la envolvía con su baile. Llegó un día en que quedó en una posición perfecta alineada entre el Sol y la Luna y aprovechó para hablar cara a cara con ella, pero sin que el Sol furioso las pudiese oír. Temía la Tierra a aquella enorme bola de fuego que en realidad era un ser triste e incomprendido. Así pues, una buena noche, la Tierra eclipsó la luz del Sol y la Luna llena y redonda empezó a quedarse oscura para maravilla de todos, y fue así, en plena oscuridad, como le contó entre susurros cuánto el Sol la quería y lo mucho que la gente la admiraba. Le explicó que era ella la única que tenía esa luz blanca tan especial, que lograba gracias al resplandor del Sol, que se sentía a su vez muy enfadado al creer que ella ni se dignaba a mirarle. Le describió también las caras de admiración que veía cada noche colgadas en los balcones y la regañó por haber entristecido de esa manera, pues tenía el privilegio de ver el mundo desde el cielo, de observar cada detalle y conocer todas las historias. Justo después de la última palabra, la Tierra empezó a desplazarse y la Luna empezó a quedar de nuevo iluminada, pero con una luz ahora mucho más dulce y más cálida.

La Tierra aprovechó la mañana siguiente para hablar con el Sol y explicarle, con todo detalle, la historia de la Luna. Le describió como de tristes eran los suspiros que flotaban en el aire y cómo de desdichada se sentía por no poder hacer todo lo que le gustaría. Le explicó también cuanto, cuántísimo le quería a él y la impotencia que sentía cada vez que pasaba a su lado sin poder evitar darle la espalda.

En ese momento los dos astros comprendieron como de difícil era aquella historia y, aunque deseaban con todas sus fuerzas acercarse y encontrarse por fin, comprendían que no podían dejar el mundo a oscuras, ni de día ni de noche. Recordaron todas las miradas encendidas que los observaban desde los nidos y ventanas, y todas aquellas caras de admiración y decidieron seguir en su lugar, continuar con ese baile interminable. A partir de ese momento, Selene dejó de suspirar y se dibujó en su rostro una suave sonrisa. También el Sol cambió su enfado por una alegría inmensa, que notarás si cierras los ojos y sientes el calor acogedor con que nos envuelve cada mañana.

Ahora ya sabes que cuando alcances a ver un eclipse de Luna, la Tierra le debe estar contando algo importante a la Luna, ¿Quizás el Sol quiera invitarla a un baile?

Un Hallazgo Interesante



Paula Pulido Praena nació en 1999 y reside en Madrid. Actualmente estudia en un instituto público bilingüe en francés porque le atraen mucho los idiomas. Este es el primer concurso de estas características al que se presenta y su decisión viene, en parte, motivada por el género del concurso, ya que uno de sus primos está cursando estudios de Geología y le parece apasionante esta rama de la Ciencia.

–Ya está, estamos acabados– dijo alguien en voz alta.

Todo el mundo estaba pensando en una única cosa, salvar su empleo, que se perdería en unas pocas semanas.

Carlos, el director general de la sucursal de Noruega, el octavo país más rico en petróleo estaba nervioso desde hacía varios días y ahora que daba la noticia estaba más relajado, igual de triste, pero más relajado.

Si no quería que todo lo que había formado parte alguna vez de su vida se acabara, sólo podía evitarlo de una forma, encontrando más petróleo.

Su ruina dependía del mismo proceso que su empresa realizaba desde siempre, debían buscar un sitio donde antes hubiera mar.

Como el color era generalmente negro y está formado por varios componentes químicos, debía ser un sitio donde el aire estuviera ausente, hubiera restos de vida (si era plancton mucho mejor), altas temperaturas y gran presión durante muchos millones de años en esa zona. No era tarea fácil y Carlos era consciente de ello.

Lo más difícil era la localización, ya que al ser líquido se desplazaba y no suele encontrarse donde se generó sino, más bien, en rocas porosas y si salía al exterior se evaporaría.

Está bien pensó Carlos, expiró tres largos suspiros –solo hay que buscar en otro sitio, esta vez bajo mar– dijo en voz alta. Era una buena idea, bajo el mar sería más fácil de encontrar porque había menos tierra removida gracias a las toneladas de agua de algunas zonas.

Todos estuvieron indudablemente de acuerdo. Todos tenían cara de preocupación. Aunque el problema no era su motivación, sino la de Carlos. ¿Cómo le iba a motivar si ni siquiera él estaba motivado? Apenas quedaba esperanza.

Con una inclinación formal de cabeza se alejó hasta llegar a su oficina. Cogió el teléfono y marcó el número de una constructora perteneciente a una antigua amiga de cuando estudiaron juntos hace tres años en una universidad de España.

–¿Carla? Verás necesito un favor...

–¿Carlos?– dijo visiblemente sorprendida– ¡Cuánto tiempo! Dime.

–Necesito tu ayuda para evitar despedir a todo el mundo y cerrar la empresa familiar– Después de unos segundos sin respuesta preguntó–

¿Carla?

– Sí, sí, es que me ha pillado por sorpresa. Vaya, hacía tanto tiempo...–
dijo risueña– Si es que puedo ayudarte en algo dilo– dijo convencida.

–Pues verás...yo...necesito encontrar petróleo. He pensado en buscar
bajo el mar.

–Vaya, no es mala idea, aunque para eso se lo tendría que pedir a
Antonio que es el único que puede ayudarte con el permiso.

–Gracias serías muy amable si lo consigieras– Escuchó un largo
suspiro a través de la línea.

–Al menos lo intentaré, por los viejos tiempos. ¿Hace cuánto que no
me llamas? Luego te llamo–y colgó.

Carlos se preguntó qué método sería mejor: el geológico, que era su favorito o el geofísico. Vaya..., pensó Carlos, Carla, hacía tanto tiempo...No, pensó. Ahora tenía que centrarse en salvar la empresa. El método sísmico no era tan antiguo como la magnetometría pero hacía tiempo que se usaba y le parecía la mejor opción.

Carlos sabía cuál era su papel, director de una empresa camino de la ruina. Pero enseguida comenzó a hacer llamadas a diferentes lugares, buscando apoyo y tiempo.

Apoyo lo había conseguido, pero lo del tiempo era otra cosa. Les quedaba lo justo para una única inversión. Un último asalto a su destino.

Carla estaba a punto de hablar con Antonio, una de las únicas personas con el poder y la voluntad necesarias para dejar a Carlos buscar petróleo bajo el mar.

Esto podría provocar grandes incidentes si se llega a encontrar, dado que en numerosas ocasiones esto mismo provocaba temblores en derredor al ser extraído. Mientras Carlos triangulaba las posiciones adecuadas donde se debería buscar, Carla, a su vez, se decantó por llamar a Antonio de una vez.

–Antonio debo hacerte una oferta que no podrás rechazar. El director de..., Carlos quiere que le des un permiso para buscar indicios de petróleo en nuestro bonito mar y tú, podrías llevarte una bonita comisión– dijo Carla en noruego.

Carla sabía que solo había una manera de convencer a Antonio, con chantaje.

–¡Ay!, Carla, Carla. Dejaré que ese director busque lo que quiera si los derechos del petróleo los compramos nosotros. Ya me he enterado de su delicada posición y de esta forma no tendrán problemas económicos y, a su vez, ¿te podré invitar a cenar?

–Hecho– respondió precipitadamente Carla.

Llamó a Carlos y le dijo que podrían empezar mañana mismo con esas condiciones, y que ella les acompañaría durante el proceso. “Será interesante” fue la única pista que le dio. Está bien dijo Carlos, está prohibido pero, esta podría ser la última vez que haga algo parecido así que, ¿por qué no? El primer sitio de la lista es el puerto de las islas Lofoten. A primera hora en el puerto para zarpar; puede que estemos más de una semana en el buque, no nos da tiempo a parar entre un sitio y otro, lo siento.

–No pasa nada –respondió Carla– me lo tomaré como un crucero, enorme y con mucho movimiento, pero un crucero. –Hubo un silencio incómodo– Bueno pues... hasta mañana entonces– fue lo mejor que se le ocurrió a Carlos y lo dijo en un tono tonto del que se arrepentiría después. Carla siempre le había gustado y ese amor perduraba después de tres años sin verse ni oírse.

Al día siguiente Carlos y Carla se despertaron pronto. No podían dormir.

Estaban tan nerviosos que incluso no dormir perdía importancia.

Para cuando Carla se dirigió al puerto a la hora acordada Carlos ya estaba allí. Carla le reconocía por sus ojos marranos oscuros casi tan negros que cuando los mirabas se veían claros como el agua y profundos como un abismo. Su cara redondeada y su pelo negro. Él sonrió al verla aparecer. Ella le devolvió la sonrisa con otra pequeña sonrisa nerviosa. Él la reconoció por su pelo largo, sus ojos miel y, cómo no, su increíble sonrisa. Para Carlos verla era increíble.

–Hola– se dijeron al unísono y con voz nerviosa.

–No esperaba que fueras a venir.

–¿Cuál es nuestro crucero de lujo para ocho días?

–¿En serio? –Carlos se encogió de hombros. –Ven, te lo enseñaré– Carlos siempre había sido así de técnico. Y la guió, mientras cargaban con una mochila y una maleta respectivamente.

Cuando llegaron al buque Carlos le iba enseñando a Carla cómo funcionaba

tanto el buque como el sismógrafo. El barco era cosas del capitán pero el sismógrafo era cosa suya. Funcionaba dirigiendo burbujas de aire hacia el núcleo de la Tierra contra el suelo marino. Provocando que las ondas sufrieran una amortiguación atravesando las capas terrestres utilizando el método de refracción. Una vez explicado todo, el buque zarpó.

El primer día fue duro, ninguno perdía la esperanza aunque pareciera imposible y aún no hubieran encontrado nada.

El segundo día fue aún peor. Ellos no perdían la esperanza. Aunque Carlos no podía evitar sentirse un poco desanimado, la presencia de Carla le ayudaba. Tras tres días sin encontrar nada todos iban perdiendo el interés en las numerosas “fotos” del mundo geológico.

Sólo viajaban ellos por esas fechas, ya que en invierno en el mar había tormentas muy, pero que muy potentes.

La quinta noche hubo tormenta. Mientras Antonio ayudaba al capitán, Carla y Carlos terminaban de revisar todo el material que tenían hasta entonces. Para cuando hubieron terminado subieron a ayudar ya que el mar estaba fatal. Carlos y Antonio estaban abajo en el mantenimiento: cuando algo no se aflojaba, aquello se rompía. Al día siguiente tuvieron que parar en el puerto más cercano para repararlo todo de nuevo aunque el sismógrafo no había resultado dañado.

Tuvieron que quedarse dos días en el puerto y aprovecharon para hacer turismo.

Mientras Antonio y Carla estaban cada vez más tiempo juntos, Carlos estaba cada día más distante.

Al octavo día, para cuando tenían que volver, Carla encontró una pequeña señal de petróleo y fue corriendo a ver a Carlos y decirle la noticia. Ante tal euforia, Carlos la intenta besar y Carla se parta un poco.

—¿Qué haces?— dijo visiblemente enfadada—¿Qué pensaría Antonio si nos viera?

—Es verdad, Antonio. Perdona, soy idiota pensé que después de tanto tiempo no estarías con nadie y podríamos estar juntos. Lo siento de veras, no pensé que fueras a venir con tu novio ni nada parecido...

—¿Qué? Antonio es mi padre, Carlos. Mi madre y él se separaron cuando yo tenía un año y se vino con mi padrastro a España desde

entonces. Y cuando terminé la universidad me vine aquí para recuperar el tiempo perdido...

Entonces fue Carla quien le da un beso y se quedan así un rato hasta que suben a dar la noticia. Entonces hacen una fiesta y Carlos aprovecha un momento en el que Carla sale para hablar con Antonio sobre negocios y de Carla. Después de eso quedó claro que su empresa podría seguir a delante y que Carla y él tenían, al menos, un futuro por delante juntos.

Sección Fuera de Concurso

Relatos presentados por alumnos del Colegio de Educación Especial María Corredentora (Madrid)

El Campamento

Una vez con mis profesoras estábamos en el campo de campamento.

El campo era muy grande y buscábamos minerales: hierro, oro, carbón... Luego anduvimos mucho y las profesoras nos decían que íbamos a comer un bocadillo de jamón y a comprar patatas fritas y agua.

Empezó a llover durante 9 días, y las profesoras decían que nos fuéramos a esconder abajo en la cueva.

Los chicos del colegio nos metimos en la cueva. Era muy grande y estaba oscuro. Había muchas cosas: hierro, oro, carbón...

Nosotros recogimos los minerales y los guardamos en una bolsa. Salio el sol y después nosotros salimos de la cueva. Volvimos al colegio en metro y autobús.

Los minerales y las rocas se lo dimos a los geólogos de la universidad para que los analizaran.

Autor: Raúl Laina Ibarra

El Primer Día de un Minero

Érase una vez un chico joven que tenía 19 años, había estudiado geología en la universidad Complutense de Madrid. Como ese chico había terminado la universidad quería trabajar en las minas, pasado el tiempo, encontró un trabajo y empezó a trabajar en una mina.

El chico conoció a los trabajadores de la mina y empezó a trabajar buscando oro y minerales con sus nuevos compañeros de la mina. Un día llegó una época muy mala porque hubo una tormenta muy fuerte y se inundó la mina y todos los trabajadores tuvieron que faltar muchos días hasta que se fuera la tormenta. Cuando volvieron los trabajadores empezaron a perforar la mina para encontrar minerales.

El chico nuevo encontró oro y todos los trabajadores le felicitaron. El chico llevó ese oro a una fábrica para que fabricasen estatuas de Oscar. Cuando el chico volvió a la mina, sus compañeros celebraban que él había encontrado oro y todos los trabajadores estaban felices y al final al chico le contrataron para trabajar en la mina.

Autor: Rodrigo Martínez Galindo

Familia de Geólogos

Había una vez una familia que estaba muy unida, los hijos estudiaban “El Sistema Solar” lo que son los planetas y el Sol. La familia vivía en el planeta Tierra y todos cantaban los planetas para aprender a conocerlos. La canción que cantaban era: Mercurio, Venus, Júpiter, Marte, Saturno, Urano, Neptuno y ya está. Cuando cantaron esta música estaban muy felices y de repente salió su perro que era un ser vivo al que llamaban Juanjo. El tío de los hijos era profesor y explicaba “el ciclo de agua” muy bien. Les contaba que el agua se calentaba con el sol y se hace vapor y sube a las nubes, las nubes se ponía negras y caía la lluvia y la nieve a las montañas, y se hace un río entre la tierra hasta llegar al mar.

La tía de los niños era profesora de mapas y los primos aprendían a rodear las islas de los mapas y sacaban un 10, un 9, o un 8 de notas. Dibujaban los mapas y aprendían a escribir lo que era El Norte, El Sur, El Este y El Oeste que son los puntos Cardinales, les contaba que si alguien se pierde tienen que esperar y buscar su brújula en su mochila.

Los hijos tenían como 14 y 15 años y también estudiaban la tierra lo que era los hemisferios Norte y Sur.

Los abuelos de los niños eran Geólogos, y enseñaban a sus nietos los Materiales del Geólogo cómo son la brújula, el mapa, la cantimplora, la cámara de fotos, el martillo, el cuaderno, la regla, y la lupa. También le enseñaban la paleontología, mineralogía, el estudio del relieve de la tierra, hidrología, prevención de riesgos geológicos, espeleología y petrología.

Toda esta familia eran unos grandes geólogos, que se fueron de viaje a Roma para conocer al Papa Francisco porque les hacía mucha ilusión verle y saludarle. Celebraron todos juntos en un restaurante y comían paellas y refrescos.

Autor: Samuel Alarcón Fernández

La Cueva

Había una vez, una pareja que se va a la playa a pasar el día. Deciden llevar bocadillos de jamón y queso para comer en la playa.

Los chicos se van al mar a bañarse, nadan mucho tiempo y se cansan, por lo que deciden irse a la toalla pero resulta que la marea les arrastra para dentro y no pueden salir. La marea les lleva hasta una pequeña Isla donde se quedan a descansar.

Allí había una pequeña cueva de rocas, los chicos entran para ver la cueva y encuentran muchos minerales, se quedan asombrados y sorprendidos de tantas piedras preciosas.

Al cabo de un rato se dan cuenta de que la marea está subiendo y deciden volver a la toalla. Cuando llegan les cuentan a sus amigos que han visto una cueva llena de minerales.

Autor: Andrea Matarí Pérez

Los Continentes

Había una vez un fotorreportero con 19 años que tiene Síndrome de Down y se llama Antonio. Un día llama a su familia para contarles un viaje que van a hacer todos juntos. Va a ser la primera experiencia de Antonio y se lleva su cámara de fotos.

El primer viaje que van a hacer es ir al Polo Norte, un sitio donde hace mucho frío y donde cruzan un océano congelado y andan por encima, conduciendo renos y también suben en las motos de nieve. Además, ven a Papa Noel y se hacen una foto con él en Laponia. Ahí el sol ilumina menos y anochece a las 2 que es la hora de comer.

Se hicieron otro viaje a Canadá y se subieron a la torre más alta para ver Toronto entero, era una experiencia increíble, que da hasta miedo. Pasearon por encima de un pasillo de cristal y atravesaron los grandes bosques y los lagos de Ontario y vieron alces y como hacen el sirope de arce. También entran a las cataratas del Niágara a mojarse, toda una experiencia.

También hicieron un crucero a San Petersburgo, Estonia, Grecia viendo el Olimpo de los Dioses que inventaron el yogur griego en la capital de Atenas, también van a Santorini, Mikonos donde se grabó la película y las canciones de MamMa Mía y desde el crucero fuimos a Croacia, Suecia, Suiza, Letonia, Lituania, Venecia, Helsinki y Dinamarca viendo la sirenita de Copenhague.

La familia de Antonio pone rumbo a Iguazú y entraron a las cataratas de Iguazú a mojarse enteros, en Calafate vieron el Perito Moreno, grandes masas de hielo y la gente paseaba por encima del glaciar y en Argentina hicieron grandes paseos por la plaza y acabaron agotados.

Y continúo en Londres e hicieron fotos en el Big Ben, en el

punto de Londres, la noria Eyed y Portobello Road de compras en Inglaterra subieron las tierras altas estuvieron en el Lago Ness y llegaron hasta FourWilliam en Escocia, vieron el castillo, visitaron Glasgow y Edimburgo y en las tierras bajas vieron las cavernas de los Beatles y vieron muchos museos en Londres.

Luego se marcharon a Orlando Florida se divirtieron mucho en los parques temáticos subiendo en las atracciones de agua y muchas cosas divertidas y desde Orlando se marcharon a Miami y cogieron una cría de cocodrilo en brazos.

En México estuvieron viendo las grandes pirámides de los Mayas, era una experiencia muy tropical, se alojaron en el hotel de México y se lo pasaron de fábula.

En Portugal, en Lisboa comieron pasteles de Belén y se subieron a la torre de Belén eran muy felices, en la familia de Antonio todo era divertido y desean volver otra vez.

Los viajes realizados por Antonio nos han demostrado que en la tierra nos podemos encontrar diferentes formas, terrenos y paisajes.

Desde tierras cubiertas de nieve en Laponia, grandes bosques y lagos en Canadá, cenotes en México, pantanos en Miami o glaciares a sur de Argentina.

Autor: Álvaro de la Rosa de los Riscos

Visita de un Niño al Museo

Esta Historia trata de un niño, que se llama Rodrigo. Rodrigo es bajito, con pelo corto, muy moreno, con gafas porque tenía Miopía. Tiene 4 años.

Un día, fue a visitar el Museo Geológico. El Museo era una pasada. Tenía mucha luz, y era gigantesco. Era enorme, tan enorme que parecía un gigante.

Fue al museo con el colegio, en una visita cultural. En el museo había de todo: Fósiles, huesos de dinosaurios y también había muchas piedras.

En la sala de minerales, había una piedra preciosa que era un diamante en bruto. Había oído que los diamantes les gustaban mucho a las chicas y entonces se le ocurrió que se lo podría regalar a una chica de su clase que era amiga suya.

Lo cogió del sitio donde estaba y lo guardó en su mochila. Cuando llegó a su casa, lo sacó para envolverlo como regalo. Pero su madre lo vio y le preguntó que qué era eso y que por qué traía piedras a casa. Entonces, Rodrigo le contó que era un diamante para regalar a una amiga. Al contarle que lo había cogido del museo Geológico, su madre se enfadó y le dijo que no está bien coger cosas sin permiso y menos de un museo.

El pobre niño casi se echa a llorar. Comprendió que eso no está bien así que al día siguiente lo devolvió al museo Geológico arrepentido.

Autor: Begoña Roza Pantín

En “Érase una vez la Geología” el lector se encontrará con una selección de relatos de trasfondo geológico, que han participado en el primer Certamen de Relatos Geológicos convocado por el Proyecto Geodivulgar: Geología y Sociedad (Universidad Complutense de Madrid) en 2014. Las temáticas y los estilos son muy variados, desde el drama hasta el humor, desde la ficción a la realidad histórica y desde temas paleontológicos hasta el volcanismo o los procesos exógenos.

Entidades Colaboradoras y Patrocinadoras



CENIEH
Centro Nacional de Investigación
sobre Evolución Humana



GEONATURA
Ciencias de la Tierra

C/García de Paredes, 21 28010 MADRID
Tfns. 91 593 03 71 - 593 06 34 Fax: 91 446 76 92
Email: geonatura@geonatura.com
Web: www.geonatura.com



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE ECONOMÍA
Y COMPETITIVIDAD



Instituto Geológico
y Minero de España